

var lo que pasaba con su familia, para escribir memorias que hubieran comenzado en el Temple de haber tenido la infeliz recado de escribir. Así la crítica moderna rechaza el volumen titulado *Memorias*, y fingidamente atribuido á la época del Temple, atribulada época, durante la cual no pudo escribir ni una sola palabra, no por carencia de natural deseo, por carencia de plumas y tintero. En cambio Antonieta no podía conformarse con la suerte que le decretara el destino, y conspirando á la continua, trataba de abrirse las puertas del castillo, tan difícilmente penetrables como las piedras de aquellos nefastos y sombríos murallones.

Pasaron el veinticuatro y veinticinco de Diciembre, solemnes días en que Luis XVI escribió su testamento; y vino el veintiséis, día segundo de Navidad, en que Luis XVI fué citado á la Convención para que se defendiese y excusase. El monstruoso Congreso, á pesar del deseo manifestado por fracciones importantes de concluir con rapidez aquella causa, dábele muchas largas, ignorando su resultado y su éxito. Lo que principalmente la embargaba era un deseo, muy difícil de satisfacer; el deseo de dar pronto á su empresa y empeño cima, sin correr grandes riesgos de merecidas censuras: cosa difícil de toda dificultad. La Convención, en su manía de buscar y rebuscar razones múltiples sobre que fundar su sinrazón capital y primera, deliberaba mucho y no resolvía nada. Larguísimas las sesiones, comenzadas al comenzar el día y concluidas á la media noche, pasaban entre discursos resonantes y con pocas votaciones, requiriendo de la opinión fórmulas justas con que cohenestar su injusta venganza. Conociendo la Montaña cómo había en aquella lentitud algo de girondina estrategia, encaminada sabiamente á la salvación del Rey, reclamaba con rapidez ante todo en las decisiones convencionales, y expedición suma, que llegase pronto á dictar la capital sentencia y á concluir aquel incidente, quien detenía y embrazaba el cúmulo de reformas indispensables al establecimiento y consolidación de la República. Pero los diputados, temerosos de sus propias decisiones, indecisos en la senda que debían seguir y en el partido que debían abrazar, dados al ejercicio de la palabra con verdadero entusiasmo, hablaban y hablaban á la continua, sin hacer cosa ninguna de provecho, por salir de un atolladero donde se habían metido en lodo asqueroso, que ya les iba llegando á la boca y ahogándolos en horrible asfixia. Mas, la Montaña, estusiasta por la consecución de un pronto resultado, movía todos los resortes capaces de traerlo con verdadera celeridad. Las tribunas henchidas de sus partidarios se veían, quienes hablaban más que los diputados, pues hablaban en coro, pidiendo el inmediato juicio y la inapelable sentencia. La sala de diputados, por su parte, desacatada y maldecida, responde á las intimaciones públicas con aplazamientos perdurables. Mas, todo tiene término en este mundo: así la paciencia del público asistentes á las tribunas del soberano Congreso, constituido en tribunal, amen de constituido en poder legislativo y en poder ojetivo, como las resistencias de los diputados convencionales, quienes, al cabo, se rinden, citando y emplazando

al Monarca, con ánimo de que se defienda, el veintiséis de Diciembre. Inútilmente los abogados se quejan de que les falta tiempo, mediando un plazo cortísimo entre la notificación y el cumplimiento de su encargo; y tienen fundamento estas quejas, las cuales, en aquella efervescencia extraordinaria, van á estrellarse contra las impacencias republicanas, cuyas fiebres toman por un retardo infinito el retardo de una semana ó de una octava. En tales circunstancias, como ningún espectador puede allí en la Convención estar callado, ningún representante puede á su vez estar indiferente. A las ocho de glaciales mañanas ya los convencionales truenan y relampaguean, enardecidos por un éther interno superior á todos los calores solares. Patentízase la exaltación universal en los dichos de unos, en los gestos de otros, en los discursos de todos. Rodeado de una guarnición el Congreso, al ruido interior, zumbante por todas partes, únese con siniestra concordancia el externo fragor de las armas; y el grito general y el general rumor sólo contiene una grande aspiración: la prontitud del resultado, incompatible con las largas y los aplazamientos interminables. Formuladas las acusaciones, urdidos los procedimientos; imposible que la impacencia universal pueda comprender cómo se tarda tanto en llegar hasta el fin. Pero se tarda. En vano la Montaña, por sus vociferadores asistida, pide con clamores tormentosos, parecidos á los estruendos del oleaje y del trueno, una sesión permanente, siquier sea perpetua, de donde salga el Rey, ó vivo y sin mancha, ó muerto sin apelación y sin aplazamientos. La duda respecto del éxito y la desconfianza respecto del propio criterio mantiene al Congreso convencional en sus perplejidades, y le decide á rechazar la sesión permanente, propuesta por la Montaña, y á resolver se delibere hasta que todas la iniciativas se hayan agotado, y se hable hasta que se hayan agotado todos los discursos.

No había necesidad alguna de dar tal permiso á tantos inagotables oradores. Su número crece, á medida que crecen los empeñados en obtener una pronta salida. Los discursos duran y duran en tanto que se acaba la paciencia del auditorio. Aquellos ejemplares de oratoria y elocuciones políticas no parecen arengas, parecen páginas de historia, recitadas en público, después de aprendidas de coro; ó indecentes y calumniosos libelos. En vano los murmullos ahogan las voces. El convencional girondino y el convencional realista, sin acuerdo previo ninguno, tienen á gala y honra detener el proceso y remitir á las calendas griegas el triste resultado. Mas, bien pronto aparecerá la sociedad madre, la sociedad jacobina, que, sumada con el ayuntamiento y el Congreso, compartía entonces el poder público imponiendo su voluntad y su pensamiento soberano. Las largas parecenle traiciones. Con su ojo de inquisidor el gran Pontífice jacobino ha escudriñado las conciencias disconformes con su conciencia y encontrádoles incursas en reacción. Los diputados más oídos entre los pertecientes á la sociedad, diputados crueles como la institución que representan, piden sea Luis condenado y condenado inmediatamente. Ni un solo individuo en el público de las tribunas y en el conjunto de los diputados osa decir que le

parezca Luis inocente; todos le condenan, todos le creen culpado; si alguno le absuelve no se atreverá en aquel horno donde la piedad se disipa y evapora entre tanto calor, á expresar la creida y oculta inocencia. Lo más, á que alguno se atreve, es á decir que Luis le parece un prisionero de guerra y que con los prisioneros de guerra debe la violencia, mas no la justicia emplearse. Los mayormente audaces opinan por la recusación de los diputados y las apelaciones á los electores. Pero nadie, que yo sepa, se atreve á defender la culpabilidad del reo. En vano se muestran intranquilas Francia en particular y en general Europa; la Convención irradia rayos asoladores de muerte sobre la corona de los Monarcas y rayos luminosos de esperanza sobre la cabeza de los pueblos. Pero, en sentir de muchos entre sus diputados, la sentencia capital y la ejecución inmediata infligidas al Monarca, le harán perder muchas simpatías entre los Reyes. Y aunque piensan muchos esto, nadie se atreve á decirlo; por lo contrario las afirmaciones convencionales aparecen cada día más temerarias. Así vota unánime un decreto afirmando abría sus fraternales brazos á cuantos pueblos tratasen de romper sus cadenas, y les ofrecían auxilios espirituales y materiales, contra lo cual protestan diplomáticos antiguos, tratadistas contemporáneos de derecho internacional, cuantos rechazan el principio de intervención y quieren que no se pague á todo nuestro europeo continente la llama voraz y el incendio cósmico ardientes en los desgarrados senos de Francia. Sin embargo, reto tan extraordinario á todos cuantos contra la muerte de Luis XVI protestaban, se presentó por la iniciativa y se aprobó mediante un discurso del diputado Chambon, diputado girondino. Así nadie oye las intimaciones de los gobiernos extranjeros. Cuando nuestro agente diplomático de negocios, el buen Oscariz, pide la vida de Luis XVI, aunque le condenen al destierro, y ofrece la perdurable amistad española en reciprocidad y cambio de tal vida; se levanta Danton y dice que se pongan sus pasaportes en manos de tal diplomático audaz y se declare á España la guerra. Con tal tensión de los espíritus no habrá espacio alguno que dar á la piedad, á la compasión, á la misericordia. De todos lados llegaban á la barra convencional requerimientos de que se decretase, y se decretase pronto, la muerte del Rey, al fin y objeto de que la justicia republicana resulte una é idéntica para todos en aquel comienzo de la igualdad universal. Entre los peticionarios unos traen á colación los muertos no vengados y cuentan las víctimas hechas en los últimos encuentros por los cañones realistas, en la frontera disparados, si no por los dedos mismos, por los inflijos incontrastables del Monarca. Una procesión inacabable llena los espacios de aquel salón, siempre ocupado por manifestaciones públicas; y esta procesión perdurable dice que, ó mueren los monarcas ó mueren los convencionales. En el tomo veintidós de la historia parlamentaria se cuenta, cómo iban al Congreso patriotas heridos en los combates por la patria, muchos llevados en su propio lecho y las viudas y los huérfanos de los que murieron á manos del Rey en defensa de la independencia nacional y de la libertad democrática.

Nada prueba tanto como la Convención dudaba que la expedición perdurable de tranquilos discursos entre tantos y tan escandalosos fragores. Y estos discursos no huelen ya, trasnochados en su mayor parte, y aprendidos de memoria, no huelen á pasión política, huelen á recurso estratégico. Mas difícilísimas largas semejantes entre tan intensas impaciencias; mientras los diputados hablan en voz baja, gritan y vociferan los demagogos en alta voz. Y estos gritos parecen rugidos de león calenturiento, castañeteos de cocodrilo feroz, mugidos de toro picado, maullidos de tigre voraz, resuellos de hiena implacable, pues la humanidad, cuando á tales crueldades baja, suele dejarse muy atrás las especies carniceras y feroces. Así las picas vibraban por todas partes como en la toma del recinto de la Bastilla y como en la vuelta del Rey desde Varennes. Los gorros frígios cubrían todas las cabezas. Unos clamaban: «haced con los traidores cualquier acto de justicia»; otros decían á los diputados, «dadnos pan ó concludid con nosotros; pan, igualdad y la sentencia del Monarca». En esta fiebre la reacción ha sido, parece imposible, osada temerariamente á representar un drama reaccionario en el teatro francés. Llamábase tal drama, descolorido é insulso «Un devoto de las leyes», y estaba lleno de alusiones favorables al Rey: ¡«Muy bien, decía, que la salud del pueblo aparezca en el mundo como la razón suprema, pero ese terror, según vosotros, saludable, cuyos escalofríos nos quereis inspirar, no puede, no, escusarse, sino con la condición de su sinceridad; pues cualquier cosa ordenada por el interés popular, si fuese la inocencia, no es más que un espantoso crimen.» Y en otra parte decía: «Estos juglares, patriotas de destinos, enmascarando sus gestos con fases engañosas de civismo; predicadores de una igualdad acariciada por ambición; cuyas devociones aparecen como públicas falsedades inspiradas por punible hipocresía; aunque parezcan buenos y francos creyentes, son siempre apóstatas, los cuales, para hacer odiar el más bello don de la divinidad, hacen las públicas libertades cruentas y sanguinarias como ellos.» Un público realista, congregado en aquel espacio, aplaudía con aplausos ruidosos tales vulgaridades expresadas por versos detestables, cuyos forzados consonantes hubieran hecho reír ó silbar en cualquiera de los períodos normales. Mas, dentro de aquel horno cambiáronse muchos puñetazos y empujones entre los espectadores y corrieron por los aires las pelucas blancas del partido realista y los cabellos negros del partido montañés, como dice Carlyle con tanta gracia, refiriendo esta escena en su inmortal historia de la revolución francesa. Contra tales expansiones reaccionarias, el Poder Ejecutivo diputó al buen alcalde Chambon; y el buen alcalde Chambon se hizo acompañar del comandante de la milicia, Santerre. No le valió esta compañía. La historia parlamentaria cuenta en su tomo vigésimo-tercero, cómo Chambon fuera magullado, cómo su limpia historia injuriada, saliendo de allí tan maltrecho que renunció á su alcaldía efímera, pretestando terribles afecciones pulmonares. Más, de todo se aprovechaba la Montaña, en su afán por acelerar la sentencia. Y, tras este drama, de cuya representación primera salieron Chambon y San-

terre con sus manos á la cabeza, insistió en que nada sucediera, si la Convención inmediatamente condenase al Monarca. Y á fe que tal Monarca, por lo menos, su familia, recibía entonces, al saber la noticia del espectáculo y de la manifestación, emociones que la conducían á esperanzas bien extraordinarias y engañosas. Clery les dijo, como pudo, cuanto sucediera en el teatro francés; y Antonieta y María Teresa, y hasta la infanta Isabel acariciaron el fausto sueño de un próximo rescate, operado por la voluntad firme de sus amigos, cada día, según sus tristes supersticiones, más poderosa en París y sobre París más influyente. Pero, en éstas, suceden hechos que determinan más y más la opinión popular contra Luis XVI, hechos capitalísimos, de los cuales hablaremos aquí por mera incidencia, pues merecen capítulo aparte, dada su transcendental y enorme importancia. Demouriez, vencedor en las Argonas y en Bélgica, llega desalado á París; y su llegada no aparece de buen agüero al pueblo, y menos á la parte del pueblo compuesta por la escuela jacobina, quien teme hayan determinado su viaje, no las quejas del ministro de la Guerra, Pache, los propósitos de intervenir en el proceso y salvar al Monarca. Entre tales horribles accidentes va desarrollándose la causa del Rey. Volvamos á ella.

El veintiséis de Diciembre Luis volvió á la Convención. Como la primera entrevista del Rey con el Parlamento se originó del interrogatorio; la segunda entrevista se originó de la defensa. Muy poco tiempo había pasado entre los días, en que le permitieron al Rey su consejo de defensa, y los días, en que la defensa debía cumplirse. Por esta razón, por esta incomprensible brevedad entre los dos términos ó trámites del proceso, los defensores, puestos de acuerdo, reclamaron unánimes un mayor espacio de tiempo para preparar la defensa, espacio de tiempo no concedido por la Convención, sobre cuyas decisiones imperaba con soberano imperio la Montaña, teniendo por su cómplice y cooperadora la cobardía del Centro. Luis no tomó en aquella circunstancia otra precaución, al salir para el Parlamento, que rogar á sus guardianes comuneros noticiasen á la Reina tal salida, para que no se alarmase por el ruido de las armas aglomeradas en el patio y por el rodar de los coches sobre aquel siniestro pavimento. Continuando en su actitud, tuvo y mostró una serenidad admirada por sus mayores enemigos y en su carácter intrínseco verdaderamente admirable. Reunían á juzgarle sus vasallos, los mismos quizá que se hincaron de rodillas lustros antes, al saber la noticia de su nacimiento; guardábalo en su recinto sombría la torre del Temple, semejante á triste sepultura donde vivo lo hubieran enterrado; recibíalo por las calles el silencio amenazador de un pueblo embargado por grandes supersticiones contra él, ó las blasfemias y los insultos de una demagogia en delirante fiebre; oía toda su historia juzgada por los mismos vencedores que le apresaran y veía su corona hecha pedazos por los mismos que se la quitaran de sus doloridas sienas; columbraba la muerte cerniéndose como un triste buho sobre su cabeza, el hacha y el tajo á sus piés, el verdugo á su lado, la eternidad ante su espíritu; y no temblaba un minuto y no

ponía ningún dejo amargo en su acento, ni relámpago alguno de odio en sus ojos; sereno como si cumplierse una ceremonia; marchando al eterno misterio como si marchase á uno de sus habituales palacios; pronto á entrar en la Convención para que lo matasen, como si fuese allí á una sesión de aparato y de apertura. El relator de la Comunidad Coulombeau escribía, después de haberle acompañado en aquel trance, á sus superiores los comuneros acerca de la regia serenidad palabras inolvidables para la Historia y por la Historia nunca olvidados. «Es necesario que tal hombre se halle muy fanatizado, y por ende como fuera de sí, para explicarse la fría serenidad, opuesta por su ánimo á tantos y tan inenarrables peligros. En cuanto subió al coche, trabó con nosotros, sus acompañantes, una conversación literaria, y nos habló con la mayor sangre fría y con el más lucido criterio de literatura clásica, de autores antiguos, de asuntos ajenos al tremendo que debía embargarlo.» Y eso que dejaba tras sí el pequeñuelo próximo á quedarse huérfano; la niña Teresa desolada; la buena de su hermana en el potro de todos los tormentos; Antonieta en la desesperación. ¡Pobre Antonieta! No hay mujer histórica ninguna, que haya estudiado yo en mis largas vigias, tan advertida por el horóscopo de la fuerza incontrastable del sino; pues, no solo encontró cien veces la dama blanca tradicional, ficción y hechura de los cuentos monárquicos; supuesta maga, venida de mundos misteriosos sobre los regios alcázares, para decir en agorerías múltiples los anuncios de sus desgracias, de sus agonías, de sus muertes, á los Reyes; no solo encontró á su ingreso en Francia tapices en que constaban bodas tan sangrientas como las bodas de Jasón y tragedias tan terribles como las tragedias de Medea; no solo se mancharon sus fiestas nupciales con catástrofes increíbles y numerosísimas muertes en la plaza donde lucieron los fuegos artificiales quemados á las noches de sus nupcias: allí, en el mismo Temple, recinto, en que parecían haberse consumado ya todas sus desgracias cayendo sobre su cabeza todas las plagas, el día de difuntos la visitó aquel Druet destinado á perderla en su paso terrible por Varennes, y el día de Difuntos había nacido ella, como si el cielo hubiera querido, desde su nacimiento anunciarle su desgracia y desposarla con la eternidad. En todo Diciembre creció de un modo espantable la desesperación de Antonieta; muy confiada en que las Cortes europeas y los Monarcas la salvarían oponiéndose á un proceso como el armado al marido, inspirábale todo aquello unos estremecimientos de rabia, connaturales á su complexión, que la llevaban hasta retorcerse los brazos y mesarse los cabellos de furia.

La separación dolorosa del Rey; la comunicación eterna con aquellos que padecían tanto como la pobre padecía y que aumentaban á una con sus respectivos lloros aquel Océano de lágrimas; las misteriosas palabras de Clery, muchas veces incomprensibles. aunque las subrayase con sus ademanes y sus gestos el solícito criado; las continuas visitas al Temple de los comisarios expedidos por la Convención y por la Comunidad; tantas prolijas consultas de Luis con sus defensores; el crecimiento de los guardias, quienes, so